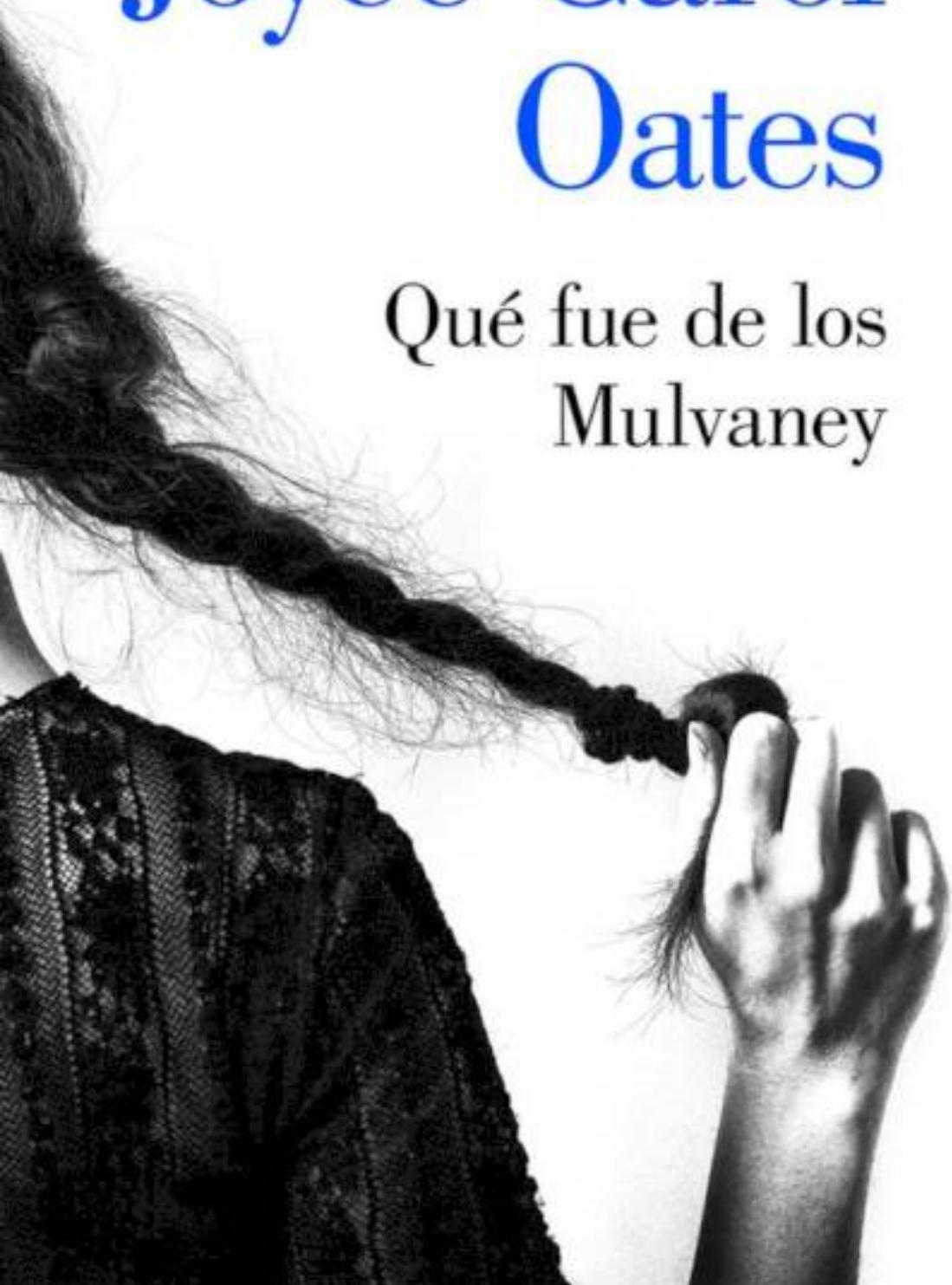


Joyce Carol Oates

Qué fue de los
Mulvaney



Los Mulvaney son un ejemplo de familia feliz. El padre es un hombre apuesto, trabajador y sensato; la madre, una mujer encantadora y dicharachera, y los hijos, Mike, Patrick, Marianne y Judd, el broche de oro a un matrimonio idílico. Viven en High Point Farm, una granja de ensueño que será su infierno a partir del día de San Valentín de 1976, cuando un oscuro suceso cambia por completo la vida de Marianne, y los Mulvaney inician su declive. El narrador de la historia es Judd, periodista y el menor de los hijos, quien revela la verdad de su familia y de un país entero.

Historia íntima y a la vez épica, *Qué fue de los Mulvaney* se disfruta como una buena pieza de jazz: un motivo recurrente, casi obsesivo, se amplía, cambia de tono, y al variar nos ofrece facetas siempre nuevas de una realidad que ya creíamos conocer. Al acabar de leerla, los Mulvaney se quedan con nosotros, como suele suceder con ciertas melodías que ya forman parte de nuestra vida.

Para mis «Mulvaney»...

*Me lego a la tierra para crecer de la hierba
que amo,
Si me deseas de nuevo búscame bajo la sue-
la de tus zapatos.*

*Apenas sabrás quién soy o qué significo,
Pero no obstante te daré buena salud,
Y filtraré tu sangre y le daré nervio.*

*Si al principio no me encuentras no te des-
alientes,
De no estar en un lugar busca en otro,
Me detendré en alguna parte a esperarte.*

WALT WHITMAN,
«Canto de mí mismo».

PRIMERA PARTE

RETRATOS DE FAMILIA

UNA CASA DE LIBRO DE CUENTOS

Éramos los Mulvaney, ¿nos recuerdan?

Quizá piensen ustedes que nuestra familia era más numerosa; a menudo me he encontrado con personas que creían que los Mulvaney formábamos prácticamente un clan, pero en realidad solo éramos seis: mi padre, Michael John Mulvaney; mi madre, Corinne; mis hermanos Mike hijo y Patrick y mi hermana Marianne; y yo, Judd.

Desde el verano de 1955 hasta la primavera de 1980, fecha en que mis padres se vieron obligados a vender la finca, mi familia vivió en High Point Farm, propiedad situada en la carretera de High Point, once kilómetros al norte y al este de la pequeña ciudad de Mt. Ephraim, en el estado de Nueva York, en el valle de Chautauqua, unos ciento doce kilómetros al sur del lago Ontario.

High Point Farm era una finca muy conocida en el valle —con el tiempo sería catalogada como monumento histórico— y «Mulvaney» era un apellido famoso.

Durante mucho tiempo nos envidiaron, nos compadecieron.

Durante mucho tiempo nos admiraron; luego, pensaron: «Dios mío, se lo merecen».

—Demasiado directo, Judd —diría mi madre, retorciéndose las manos con inquietud.

Pero yo creo en la verdad, aunque duela. Especialmente, si duele.

Como Mulvaney, durante toda mi infancia fui el bebé de la familia. Ser el bebé de una familia como la mía significa saber que eres el furgón de cola de un largo y traqueteante tren. Me querían tanto, cuando me prestaban atención, que yo era como una criatura aturdida y cegada por una intensa y abrasadora luz que en cualquier momento podía apagarse y dejarme sumido en la oscuridad. No lograba saber quién era, si tenía un nombre real o muchos nombres, todos cariñosos y muchos de ellos burlones, como Hoyuelo, Niño bonito o, como alternativa, Desaborido o Explorador, mi preferido. Fui el Bebé o Cara de Bebé durante gran parte de mi época de crecimiento. Judd era un nombre que se asociaba con cierta dosis de seriedad, aunque, en realidad, a los niños Mulvaney raras veces se nos regañaba y más raramente aún se nos castigaba; el nombre Judson Andrew, que es el que me impusieron al bautizarme, poseía tal dignidad y pretensiones que jamás llegué a sentirlo como mío, solo como algo prestado, como una máscara de Halloween.

Se podría tener la impresión —o al menos yo la tenía— de que Judd, que era el Bebé, había estado a punto de no lograrlo. Nacer quiero decir. El tren se había marchado, el furgón de cola llegó apresurado a la vía. No es que Corinne Mulvaney fuera tan mayor cuando yo nací; solo tenía treinta y tres años. Y, hoy en día, tener esa edad no significa de ningún modo ser «viejo». Nací en 1963; ese año, como papá solía decir con un enérgico movimiento de la cabeza y una expresión de tristeza en los ojos, «dividió la historia en dos» para los norteamericanos. Lo que me preocupaba a mí era haber llegado tan tarde, ¡que todos estuvieran allí excepto yo! Una familia Mulvaney completa sin Judd.

Por mucho que lo intentaba, siempre parecía que jamás alcanzaría su nivel de diversiones, secretos, bromas... recuerdos. Al fin y al cabo, ¿qué es una familia sino recuerdos?, fortuitos y preciosos como el contenido de un cajón de sastre en la cocina (llamado en mi casa el cajón de los

trastos, con motivo). Poco a poco me fui dando cuenta de que mi desventaja era que, en la época en que por fin nació, mi hermano Mike ya tenía diez años, y para los niños eso equivale a otra generación. «¿Dónde está Bebé?. ¿Quién tiene a Bebé?», sonaba la voz de alarma, y quienquiera que estuviera más cerca de mí me recogía y allá íbamos. Una confusión de perros ladrando, cuya impaciencia por ir adondequiera que fueran los demás era una imitación de la mía, exagerada del modo en que los animales a menudo constituyen exageraciones de los seres humanos, emociones puestas de manifiesto con crudeza. «¿Quién tiene a Bebé? ¡No os olvidéis a Bebé!».

Los perros, gatos, caballos, incluso los coches y camionetas que papá y mamá conducían antes de que yo naciera, esos grandes y llamativos modelos de los años cincuenta. Me quedaba absorto viendo todo eso en los repletos álbumes de fotografías de mamá, decidido a pegarme a sus recuerdos. «¡Claro que lo recuerdo! ¡Claro, si yo estaba allí!». El primer poni de Mike, Campeón, que era un alazán con manchas de color arena. Nuestro setter, Fuego, cuando era un cachorro. La ocasión en que papá metió el tractor en una zanja. La ocasión en que mamá lanzó mazorcas de maíz para ahuyentar a unos perros raros que ella creía que eran un peligro para las gallinas, pero que resultaron ser un oso negro y dos oseznos. La ocasión en que papá invitó a ciento cincuenta personas a la barbacoa del Cuatro de Julio, suponiendo que solo se presentaría la mitad y aparecieron todos... y algunos más. La ocasión en que un amigo de mala fama de papá voló a High Point Farm desde el aeropuerto de Marsena en un Piper Cub amarillo limón y aterrizó —«casi se estrelló», decía mamá con sequedad— en uno de los pastos, y aunque el bebé de las fotografías que conmemoran la ocasión tenía que ser mi hermana Marianne, en julio de 1960, yo me convencía de que «¡Sí, yo estaba allí, lo recuerdo!».

Y cuando en los años posteriores hablaban del incidente, recordando cómo el viento abofeteaba el pequeño avión cuando Wally Parks, el amigo de papá, llevó a este a realizar un corto vuelo, yo estaba seguro de que había estado allí, recordaba mi excitación, la excitación de todos, Mike, Patrick, Marianne y yo, y, por supuesto, mamá, observando al Piper Cub elevarse cada vez más, estremeciéndose en el viento, hacerse cada vez más pequeño con la distancia hasta que no fue más que un puntito en lo alto del valle, dando la impresión de que un soplo de aire podría hacerlo descender. Y mamá rezaba en voz alta: «Dios mío, permite que esos dos lunáticos regresen vivos y nunca volveré a quejarme de nada, lo prometo. Amén».

Ahora juraría incluso que estuve allí.

Porque los Mulvaney éramos una familia para la que todo lo que sucedía tenía un valor y todo lo que tenía valor se guardaba en la memoria. Y todos tenían una historia.

Creo que por eso nos envidiaba mucha gente. Antes de los sucesos de 1976, cuando todo se derrumbó y nunca pudo reconstruirse del mismo modo.

Nosotros, los Mulvaney, habríamos muerto los unos por los otros, pero también guardábamos secretos entre nosotros. Aún los tenemos.

Quien está contando estas cosas es un adulto: yo, Judd Mulvaney, de treinta años. Redactor jefe de *Chautauqua Falls Journal*, publicación bisemanal con un tiraje de veinticinco mil seiscientos ejemplares. Soy periodista, o, en cualquier caso, trabajo para la prensa desde los dieciséis años, y aunque me gusta mi trabajo y estoy, supongo, bastante obsesionado, no soy ambicioso en el sentido vulgar de la palabra. El director del *Journal*, un caballero de edad que casualmente es amigo mío, confió en mí para sacar un «periódico bueno, decente, veraz» y eso es lo que he estado haciendo y seguiré haciendo. No me interesa cambiar para

tener un empleo mejor pagado en una ciudad más grande. No soy un periodista que quiera impresionar, provocar controversias. Más bien soy de los que aspiran a decir la verdad y espero hacerlo siempre con honestidad.

Me he creado una personalidad estable y moderada, y en conjunto soy maravillosamente civilizado. La gente murmura a Corinne Mulvaney, después de conocerme: «¡Qué joven tan agradable!», y, si son mujeres como ella, mujeres de su edad con hijos mayores y numerosos, dicen: «¡Qué suerte tener un hijo así!». En realidad, supongo que mamá tiene suerte, no solo porque me «tiene» a mí sino porque «tiene» también a mis hermanos y a mi hermana, y la queremos tanto o casi tanto como ella nos ama a nosotros.

Mamá no sabe —y espero que nunca lo sepa— que dos de sus hijos se vieron involucrados en un acto criminal de extrema gravedad. Seré directo: he sido cómplice de dos delitos graves punibles con largas penas de prisión en el estado de Nueva York y estuve a punto de ser también cómplice antes y después de un caso real de asesinato, y muy posiblemente no me arrepentiría si este asesinato se hubiera perpetrado. Con toda seguridad, mi hermano Patrick, que estuvo a punto de cometer el asesinato, no se habría arrepentido. Cuando el juez le hubiera pedido que hablara en su propio favor en el momento de la sentencia, Patrick habría mirado al hombre a los ojos y dicho: «Su Señoría, hice lo que hice y no me arrepiento».

En mi imaginación he oído muchas veces a Patrick pronunciar estas palabras. Tantas que casi creo, en ese estado de conciencia entre el sueño y la vigilia que supone una sutil, cambiante y misteriosa personalidad que pocos hemos explorado, que en verdad Patrick fue arrestado, juzgado y condenado por asesinato, rapto, robo de coche —cualesquiera que hubieran sido los cargos— y que permaneció de pie ante el juez y habló de ese modo. Luego me obligo a despertar y me embarga una tremenda sensación de alivio. «Eso no sucedió, al menos no de ese modo».

Pero este documento no es una confesión. En absoluto. He llegado a pensar en él como en un álbum de familia. De esos que mamá nunca guardaba: absolutamente veraces. De esos que ninguna madre guarda. Pero si has sido niño en una familia, has guardado un álbum parecido en la memoria, con conjeturas y anhelos. Y ese álbum representa el trabajo de una vida, tal vez el gran y único trabajo de tu vida.

He dicho que éramos seis en la familia, pero eso puede inducir a error. ¡Seis es muy poco! En realidad, High Point Farm era un lugar muy concurrido y complicado, y, a los ojos de un niño, confuso como una obra de teatro en la que rostros conocidos y desconocidos van y vienen sin cesar. Amigos, parientes, invitados, contactos comerciales de papá, el servicio... cada día, y con frecuencia de hora en hora, podías estar seguro de que algo estaba ocurriendo. Mis padres eran sociables, personas populares que tenían poca paciencia con la tranquilidad y mucha menos con la soledad. Y vivíamos en una granja. Teníamos caballos, vacas lecheras, cabras, unas cuantas ovejas, gallinas y pintadas, y patos y ánades reales semidomesticados. ¡Qué griterío en el corral al despuntar el alba, cuando cantaban los gallos! Crecí con los gritos de aves salvajes (principalmente arrendajos, que anidaban cerca de la casa, en nuestros gigantes robles). Llegué a creer que formaban parte del tejido de la mañana misma. El tejido de mi alma.

A diferencia de granjas vecinas, High Point Farm ya no era una «verdadera» granja. Los ingresos de papá procedían de Tejados Mulvaney, ubicada en Mt. Ephraim. En un principio, la finca abarcaba trescientos acres de suelo fértil, pero, cuando papá y mamá la compraron, solo quedaban veintitrés acres; y de estos, papá alquiló quince a granjeros de la vecindad para que cultivaran fleo, trigo, soja, alfalfa o maíz. Pero teníamos animales de granja a los que adorába-

mos, y por supuesto teníamos perros, raras veces menos de cuatro, y gatos —¡gatos!—, siempre un número fijo de gatos a los que les estaba permitido entrar en casa y un número variable de gatos de corral. Mis primeros recuerdos son de animales con personalidades más fuertes que la mía. Un caballo posee una personalidad muy definida aunque a menudo imprevisible, a diferencia, por ejemplo, de un perro; y un gato puede ser prácticamente cualquier cosa. Papá solía quejarse en broma de que el jefe de la casa era cierto gato persa, temperamental y majestuosamente ensimismado y bello, llamado Bolita, y el segundo en el mando era mamá, por supuesto, y después ya no se atrevía a especular, pues resultaba demasiado humillante.

—¡Ah, sí! Todos sentimos lástima del pobre Rizos, ¿no es cierto? —bromeaba mamá cariñosamente, mientras papá ponía cara de tristeza—. ¡Tan olvidado en su propio hogar!

Pongamos que contara los animales y aves de corral de High Point Farm con personalidades lo bastante definidas para tener nombre... ¿Cuántos podía haber? ¿Veinte? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Más? Y, desde luego, siempre estaban cambiando. Una nueva camada de perros, otra de gatos. Corderos de primavera, cabras. Era raro que naciera un potro, pero cuando sucedía, tras muchos días y noches de preocupación (en especial por parte de mamá; a veces, dormía en el establo con la yegua preñada) era todo un acontecimiento. Varias familias de canarios habían llegado y se habían marchado antes de que yo naciera, y una historia de familia de las que siempre se contaban era la época en que mamá había intentado criar canarios en la cocina, con el resultado de que le salió demasiado bien, y en el apogeo de la «epidemia de los canarios», como papá lo llamaba, había tres grandes jaulas que contenían un total de quince canarios, que trinaban, gorjeaban, piaban, a veces chirriaban... «Y defecaban sin parar», como decía papá con sequedad. Recuerdo una ocasión, cuando yo era muy pe-

queño, en que papá trajo a casa una pequeña cabra gris de largas y flacas patas porque su propietario, un granjero vecino, iba a matarla de un disparo; «¡Venid a conocer a Granito!», anunció papá. En otra ocasión, mamá y Mike regresaron de un viaje a la tienda de alimentación, de Eagleton Corners, con un enorme gallo de ojos dorados y plumas como el fuego: «¡Venid todos a saludar al capitán Maravilla!», anunció mamá. Mi primer cachorro fue un bulldog llamado Botitas, con el que crecí como si fuéramos hermanos.

Cuando recuerdo esa época, cuando éramos los Mulvaney de High Point Farm, pienso en la granja de edificios dispersos, descuidada y parecida a una jungla, y la veo confusa en los bordes como en un sueño en el que nuestros vallados de alambre de púas, que siempre se hundían, se difuminaban convirtiéndose en tierra cubierta de maleza y sin cultivar. (En una granja hay que reparar los cercados constantemente, o al menos habría que hacerlo). Enfocarnos me exige un esfuerzo, como enfocar un sueño y mantenerlo.

Uno de esos sueños inolvidables que parecen tan nítidos, tan reales, hasta que miras de cerca, tratas de ver... y empieza a disiparse, como el humo.

¡Acerquémonos a High Point Farm!

Vengan conmigo, les acompañaré. Desde la Carretera 58, la Yewville Pike, una buena carretera rural de dos y tres carriles que enlaza Rochester, Yewville y Mt. Ephraim en una línea recta de norte a sur, atraviesen la ciudad de Lebanon, sigan durante ciento veintiocho kilómetros junto al río Yewville y crucen el nuevo puente tipo mecano que hay en Mt. Ephraim (población: 19.500 en 1976). Prosigan por lo que se convierte en Meridian Street, pasando por delante de las viejas fábricas de ladrillo rojo que hay junto al río (fabricantes de bolsos de señora, jerséis, calzado), que tienen el aspecto melancólico de los negocios cerrados pero que

en realidad están operando, en cierta medida. Tuerzan a la derecha por Seneca Street y pasarán por delante del feo y viejo edificio de estilo neohelénico que es la Biblioteca Pública de Mt. Ephraim, con la verja de hierro forjado en el frente. Pasarán también por delante de la comisaría de policía de Mt. Ephraim. Los Veteranos de Guerras Extranjeras. Los Odd Fellows. Manténganse a la derecha en la plaza, donde han quitado casi todos los viejos olmos, y sigan por Fifth Street, donde torcerán a la derecha en la Iglesia Episcopal de la Trinidad.

No... esperen. Esta ruta es un atajo para evitar el «centro» de Mt. Ephraim (apenas más de tres manzanas, pero son calles estrechas y viejas y es fácil que estén congestionadas). Demos la vuelta por el otro extremo de South Main Street, un giro a la derecha, otro a la izquierda, y nos encontramos en una zona de pequeños comercios y almacenes. Ahí está Tejados Mulvaney, un edificio estucado no muy grande, de un solo piso, recién pintado de un atractivo verde oscuro con borde blanco. En el tejado hay modernas ripias de asfalto y poliéster en un tono verde un poco más oscuro.

Qué orgulloso estaba papá de Tejados Mulvaney. Cuánto había trabajado para montar esa empresa y para crearse su fama de hombre con el que no solo se quería hacer negocios porque su producto era muy bueno, sino porque él caía bien y era respetado por ser buen tipo.

Ahora, de nuevo en la Quinta y sigan tres travesías. A la izquierda pasarán por el instituto de Mt. Ephraim, al que todos los hijos Mulvaney asistimos, sucesivamente (diseño estilo fábrica, tejado plano con goteras y ladrillos baratos de saldo construido a mediados de los sesenta y mostrando ya signos de deterioro), y los campos de juego de la escuela y, en la esquina, un campo de deportes, nada espectacular, unas gradas y un campo interior lleno de hierba y basura arrastrada por el viento como plantas rodadoras. Está Rose & Chubby's Diner, la Four Corners Tavern, con el apar-

camiento al aire libre. Se pasa Depot Street. Se pasa Railroad. Se desciende la larga colina pasando por delante de Drummond's Gloves, Inc, que aún operaba en 1976, aunque deslizándose hacia la bancarrota. (El señor Drummond era conocido de mi padre y oíamos hablar de los problemas de ese pobre hombre a las horas de las comidas). Siguen recto en el cruce que hay después de pasar por delante del Tabernáculo de los Apóstoles de Cristo, una de las primeras iglesias de la zona a las que acudía mamá pero antes de que naciera Judd, un triste edificio de ladrillos de cenizas con una marquesina de cine y unas brillantes letras en color rosa ALEGRAOS, CRISTO HA RESUCITADO. Cruzan las vías del tren y pasen las zonas de carga de Chautauqua & Buffalo. Verán la torre del agua a quince metros del suelo sobre lo que yo siempre había creído eran «patas de araña»: MT. EPHRAIM escrito en letras blancas deslucidas por la lluvia. (Seguramente en la torre del agua también hay garabatos, iniciales y *graffiti* pintados. Probablemente, PROMOCIÓN DEL 76. INSTITUTO DE MT. E. Hay una incesante lucha entre los agentes locales que quieren la torre limpia de *graffiti* y los muchachos del instituto local, que están decididos a dejar sus marcas de propiedad en ella).

Ahora giren en la Carretera 119, Haggartsville Road, una vía nacional rápida. La estación de servicio Gulf a la izquierda, el centro comercial Eastgate a la derecha, los acostumbrados restaurantes de comida rápida de carretera como Wendy's, McDonald's, Kentucky Fried Chicken, todos construidos a lo largo de esta franja a principios de la década de los setenta. Serrería Spohr's, Motores Hendrick, Inc. Nombres familiares porque los propietarios eran amigos de mi padre, compañeros de la Cámara de Comercio de Mt. Ephraim, los Odd Fellows, el Club de Campo de Mt. Ephraim. El semáforo señala los límites de la ciudad. Más allá, a la izquierda, está el camino que conduce al Club de Campo, que se desvía de la transitada carretera recorriendo du-